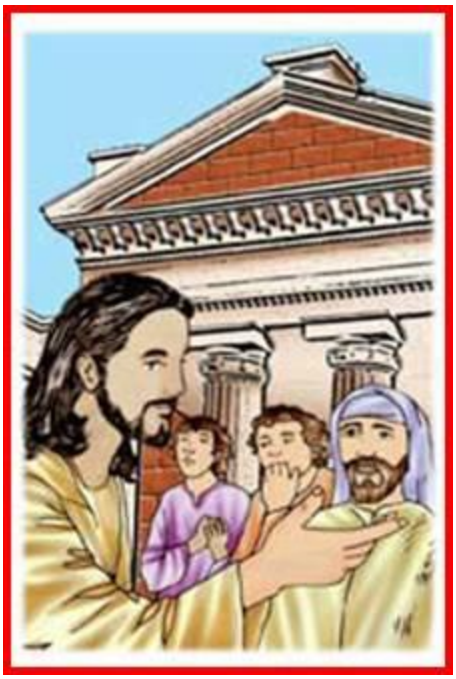

“¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?”

Mt 12, 46-50

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Lectio Divina

Los hermanos en las Sagradas Escrituras

En muchos textos de las Sagradas Escrituras, aparece la denominación hermanos para tratar a los demás por relación de hermanos de naturaleza, de nación, de parentesco y de cariño. Por naturaleza, como Esaú y Jacob (Gn 25); por nacionalidad, así todos los judíos se llaman entre sí hermanos, como en el Deuteronomio (Dt 17,15); "No podrás constituir como rey sobre ti un hombre extranjero que no es tu hermano". Además, se llaman hermanos los que son de una misma familia, como en el Génesis: Dijo, pues, Abram a Lot: Ea, no haya disputas entre nosotros ni entre mis pastores y tus pastores, pues somos hermanos. (Génesis (SBJ) 13,8). Los hermanos de cariño lo son, o de una manera general, porque todos los hombres reconocen un solo padre y están unidos entre sí por un parentesco común y esto es lo que se lee en Isaías: Dijeron vuestros hermanos que os aborrecen, que os rechazan por causa de mi nombre: (Isaías (SBJ) 66,5) o Y traerán a todos vuestros hermanos de todas las naciones como oblación a Yahveh (Isaías (SBJ) 66,20), Todos nuestros hermanos que habitan en la tierra de Israel (Tobías (SBJ) 14,4)

Así se llaman de una manera más especial hermanos todos los cristianos, como dice Jesús: Subo a mi Padre y Padre de ustedes; a mi Dios y Dios de ustedes, pareciendo señalar yo soy su hijo verdadero, y ustedes sus hijos adoptivos pero también son sus hijos y hacerles saber que uno mismo es el Dios y Padre de El y de ellos. A esto mismo parece llevar la fórmula en la que Cristo da el encargo a Magdalena: Ve a decir a mis hermanos.

En otros textos del N.T.: "Rabbí", porque uno solo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos. (Mateo (SBJ) 23,8), Entonces les dice Jesús: No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán. (Mateo (SBJ) 28,10). Cuando des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, (Lucas (SBJ) 14,2). Querido, te portas fielmente en tu conducta para con los hermanos, y eso que son forasteros. (3 Juan (SBJ) 1,5). Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. (1 Juan (SBJ) 3,14). Sinceramente como hermanos. Amaos intensamente unos a otros con corazón puro, (1 Pedro (SBJ) 1,22)

Porque todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre".

El que cumple la voluntad de Dios, desde la perspectiva de Jesús iluminada por el lenguaje evangélico es el trabajador dinámico y el oyente creativo, es quien se aplica a la tarea con eficacia y vigor vital, un creador de consecuencias coherentes con la Palabra de Dios. Jesús es maestro en ese cumplimiento. María, además de madre, es su discípula en esa modalidad del cumplir la Palabra de Dios, bienaventurada ella, porque ha creído.

El evangelio refiere una presencia de María en el lugar en el que se encuentra Jesús, y las palabras de éste hacen las veces de presentación de la identidad de quien él considera su auténtica familia. El mensaje se presenta bastante claro: el Señor está presente ante la persona humana, y a ésta se le abre la vía para presentarse ante el Señor. El templo asume la función de hacer visible el encuentro entre dos presencias.

El símbolo de la presentación de María en el templo, por consiguiente, equivaldría a la conciencia de la identidad de María y de su función junto al Mesías, que va creciendo poco a poco: primero, por parte de sus familiares, o sea, la de los otros; a continuación, por parte de la misma María y, por último, por parte de los posteriores creyentes. El sentido sustancial es éste: María está siempre en presencia del Señor, totalmente dedicada a servir, peregrina en el conocimiento.

Oración.

Santa María, hija del Israel y guardiana del Evangelio, salve. Mujer casta, florecida a la luz del amor del Señor, socórrenos en nuestra tarea de apartar las cosas que obstaculizan la pureza de nuestro corazón para ver a Dios; mujer humilde, crecida a la sombra de Dios, guíanos a la alegría del testimonio de que hemos encontrado al Señor Jesús.

De corazón